

EL AROMA DE MI ABUELO

Me tapé la nariz con la palma de la mano en forma de cuenco y respiré mi propio aliento, fresco y rosado. «Carmen, ¿qué haces ahí fuera, *xiqueta*? —me preguntó mamá—. Anda, ven a dar un beso a los abuelos». Entre las tablas astilladas de la barraca y por el agujero que hacía de puerta, se colaba un olor espeso y agrio que me dejó paralizada. A mí, que había pasado tardes enteras dentro de aquella choza jugando a piratas sobre la barca del abuelo y ayudando a la abuela a coser redes y limpiar pescado. Mecida por el rumor del mar. Impregnada de aquel hedor.

Cáñamo.

En aquel instante, comprendí. La capilla del colegio, el banco estrecho, la Santa Misa a punto de comenzar y aquel revuelo de niñas a mi alrededor. Arrastrada por un vaivén de empujones, pequeñas carreras y codazos, yo solo encontraba sitio en alguno de los extremos del banco. La desdichada compañera apretujada a mi lado lanzaba al aire la pregunta: «¿Qué olor es ese, de dónde viene?», mientras estiraba el cuello, arrugaba la nariz y resoplaba. Yo siempre caía en la trampa: «¿Qué olor?». Entonces la fila de niñas explotaba a carcajadas, una por una se doblaban de la risa como fichas de dominó. Cuando yo se lo contaba a mi madre buscando alguna respuesta, ella decía: «Pero ¿qué se crearán esas hijas de campesinas? Ellas que huelen a cerdo». Y ahí se acababa la explicación.

Espinas.

«¡Carmen, entra ya por favor! Que te vean los abuelos lo guapa que estás vestida de Primera Comunión», insistió mamá. Hasta tres veces me lavó el pelo aquella mañana mientras yo, encorvada sobre la jofaina, aguantaba la impresión del agua helada sobre el cráneo y la nuca. Después, con una esponja impregnada en jabón y limón, frotó cada rincón de mi cuerpo con tal saña que acabé con la piel encendida y salpicada de diminutas gotas de sangre. «¡Mamá, para!», supliqué, mientras cerraba los puños temblorosos. No me hizo caso. Concentrada en la tarea, solo la escuchaba murmurar: «¡Por Dios bendito!, se te ha quedado pegado» y «me niego, me niego, con lo bonita que vas».

Naranjas y azahar.

Aquel día, mamá me levantó al alba y me guio, tapándome los ojos, hasta la mesa de la cocina que había cubierto de una sábana blanca. Allí, planchado y almidonado, descansaba el vestido de Primera Comunión que yo veía por primera vez. Pensé que era lo más delicado y precioso que había visto en mi vida. El traje nos lo prestó una prima de mi madre, gente pudiente, sederos de la ciudad. Junto al vestido, la limosnera, los guantes, el pañuelo de encaje, el velo, el misal y un rosario nuevo, regalo de las monjas. En el suelo, unos zapatos forrados en seda con un tacón delicioso. Tras el aseo, las manos de mamá pasaron del frenesí a una ternura que traspasaba sus dedos y me tocaba algo de dentro. Me vistió muy despacio y en silencio, reservando el velo para el final. Antes de colocármelo, mi madre inundó el rostro en mi pelo limpio y brillante. «Carmen, ¿a qué te recuerda?», me preguntó. Cogí un mechón y me lo acerqué a la nariz. Cerré los ojos. «El

abuelo, los paseos entre los naranjos de El Cabanyal, su risa», contesté. «Eso es, xiqueta, eso es, hoy cuando recibas a Jesús reza mucho por él».

Salitre.

«¡Vamos, Carmen!, ¿a qué esperas?», volvió a recriminarme mamá. Veía los ojos del abuelo brillar dentro de la barraca, buscándome con ilusión y, aun así, aquel olor a pobre me echaba para atrás. Seguí así quieta, con la mano tapándome la nariz, mirando a mi madre con ojos de caballa: redondos, abiertos y desesperados. Ella suspiró y vino a buscarme. Se agachó junto a mí, apartó con dulzura mi mano pecadora de la cara y me susurró al oído: «Los mejores amigos de Jesús eran pobres pescadores. Vivían como nosotros. Anda, ve con él». Me acordé de los majestuosos cuadros de los apóstoles que adornaban las aulas y la capilla del colegio. Hombres en lujosos ropajes, bien alimentados, con la piel clara sin rastro de los estragos del sol, con las manos sin llagas ni cortes alzadas, alabando al Señor. Tan diferentes al abuelo y al tío José. Para mí, los apóstoles olían a incienso, a mirra y a aceite de nardo. Intenté imaginar el perfume de aquellos olores, contuve la respiración y entré en la choza. El primo Luis se levantó de un brinco, como si yo fuese una aparición.

Sangre.

Entré con cuidado para no caerme, esquivando gallinas y herramientas desparramadas por el suelo con los zapatitos de tacón, que con cada uno de mis pasos se hundían en la arena. La abuela, medio ciega, medio sorda, sonrió un poco; el abuelo parecía uno de los bueyes de la playa, soportando el peso de un yugo invisible con la cabeza gacha. Mamá me empujó con suavidad hacia él: «Venga, Carmen, dale un beso al *iaio*». El abuelo ya no creía en Dios. Dejó de creer el día que el tío José se cayó de la barca y se ahogó. Como todos los pobres, no sabía nadar. El cadáver apareció el día siguiente en la orilla de la playa boca abajo y aferrado a un cabo cubierto de algas verdes. El abuelo tenía pesadillas todos los días. Soñaba con los ojos suplicantes del tío, con sus brazos fuertes como tentáculos luchando por emerger del mar, por vivir. «No me lo perdono», le dijo al párroco cuando fue a ver a Dios en busca de consuelo. «¿Qué podrías haber hecho, hijo? —le contestó él—. ¿Tirarte al mar y morir los dos?». «¿Por qué él cuando te pudiste llevar a este viejo? ¡Mi hijo, mi pobre hijo!», bramó el abuelo, los gritos inundaron la iglesia. «Los caminos del Señor son inescrutables», se limitó a decir el cura. Entonces el abuelo se enfadó con Dios. «Pues ¿sabe qué le digo? Que si existe un Dios así, que hace las cosas porque sí, ¡a tomar por saco!, que no cuente conmigo», exclamó, dando un portazo al salir de la iglesia. Mamá y yo, que le habíamos acompañado, fuimos tras él. Le alcanzamos en la playa con la mirada fiera perdida en el horizonte. Mamá le reprendió con las palabras, pero no con los gestos. «¡Papá!, delante de la niña no, por favor. Que dentro de poco hace la Primera Comunión», le dijo, mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro. A partir de entonces, recé todos los días al tío José para que el abuelo y Dios hicieran las paces.

Sudor.

Cogí la mano del abuelo entre las mías con suavidad. Pesaba mucho. Rugosa y dura como una lija, unas venas negras y gruesas, como serpientes marinas, la recorrían. Me incliné y la besé.

—Estás preciosa, *xiqueta*. Y qué bien hueles.

—Gracias, *iaio*.

Después, silencio. Pero no de esos silencios que pone a la gente incómoda, sino de los bonitos, los que suceden entre la gente que se quiere mucho y sirven para comprenderse.

—Abuelo, ¿sabes qué? Yo creo que los que mueren van al cielo y luego nos juntamos allí con ellos. Hoy, en la profesión de fe, cuando lo han preguntado he dicho «sí, creo», muy alto, para que lo escuche el tío José y nos espere. Lo volverás a ver, te lo prometo. Pero tarda mucho, ¿vale?

Una lágrima limpia y brillante, como las gotas que cuelgan del tejado de cáñamo después de las tormentas y acariciadas por el sol, resbaló por la mejilla del abuelo, sin prisa, recorriendo los valles y los montes de su cara gastada. Abrí la limosnera y cogí el pañuelo con las iniciales de esa prima segunda que me había prestado el conjunto de Primera Comunión. Llevaba todo el día preguntándome para que servía aquella pieza de hilo y encaje. Acaricié con el pañuelo la cara del abuelo, siguiendo el recorrido de la lágrima en sentido contrario a su avance, desde la barbilla hasta el lagrimal. El abuelo entonces me colocó sobre su regazo, como cuando era chiquitilla, y me estrechó contra él.

Respiré profundamente, sin miedo. Cáñamo, espinas, salitre, sangre, sudor y naranjas y azahar. El olor de un pescador valiente, de un hombre digno. El aroma de mi abuelo.